

**“El texto y sus voces”, Babel, año IV, n° 22, mayo de 1991**

**(Homenaje a Enrique Pezzoni)**

Enrique Pezzoni y yo formamos una pareja de identificaciones y envidias. Los dos somos críticos: esto quiere decir que necesitamos otro cuerpo escrito para escribir. Nos pusimos a leer, allí encontramos libertad y olvido, y en algún momento surgió algo que nos llevó a hablar. Cada uno de nosotros sabe que el otro sabe qué es eso, aunque no sepamos decirlo y escribimos para buscarlo. Eso nos hace críticos cómplices. Además los dos somos exhibicionistas: nos gusta que los otros miren los movimientos de nuestra relación con la literatura. Hasta aquí llegan las identificaciones y empiezan las envidias: yo a él la pasión y él a mí la razón. Yo quiero robarle sus fervores y él a mí mis sistemas. Por eso quiero pensar, a propósito de este libro, en algunas razones de sus pasiones.

La primera es esta: el crítico se mueve entre dos saberes y sus lenguas. Por un lado un saber técnico, más o menos codificado, coyuntural y cambiante, sobre la literatura. Se trata de cierto consenso alrededor de procedimientos y esquemas conceptuales; de allí toma tópicos, cita autoridades, interviene en debates y se apropia de palabras. Por otro lado hay un saber no conceptualizado y que aparece como resto: la literatura es algo más, un espacio por venir para el que hay que inventar la lengua, dejarla irse. Allí se habla de otra cosa y se escribe en otro lugar. Quedarse o irse la lengua y el saber: si el crítico se fija en el primero, en la técnica y el análisis, se condena al manual, la monografía y la bibliografía, a la seguridad de lo transmisible. Si se instala en el otro puede llegar a confundirse con la literatura y entonces deja de saber porque aniquila la distancia necesaria para poder escribir. El crítico está al lado, enfrente, arriba o abajo de lo escrito por otro. En el vaivén entre la institución de saberes sobre la literatura y el impulso a perder el saber, en el modo de ligar uno con el otro, la escritura crítica de Enrique Pezzoni se inclina más hacia la literatura, la mínima distancia sin identificación, y no hacia el respeto aplicado por los saberes cambiantes y sus técnicas. Por eso puede incluir en este libro notas y ensayos entre 1950 y 1980 que se leen, todos, como de hoy o mañana. Y por eso escribe sobre poesía y es uno de los poquísimos que lo hacen de ese modo en Argentina. La palabra poética, resto puro sobre el vacío, encuentra en su palabra un espacio privilegiado.

La segunda razón es esta: el crítico no solamente se sitúa entre dos formas del saber y de la lengua, sino también en algún punto casi temporal de la lectura: en una perspectiva en relación con el libro. Puede instalarse en un giro verbal, el trazado de una escena, la ansiedad por lo que sigue, el

después, los apuntes, la inserción en el género, el uso que los otros hacen. Y según dónde y cuándo se sitúe, leerá de modos diversos. Enrique Pezzoni se constituye como crítico en el espacio privado de la lectura, en la intimidad con el libro, en el abandono, y allí, en un momento específico de iluminación: cuando el lector percibe que las voces de lo que lee, que el texto y sus voces, hablan simultáneamente de dos sujetos y en dos direcciones. La lengua literaria, diga lo que diga, cuenta la vida del que escribe y también, en ese instante, un relámpago, la del que lee. Decir vida es un decir: se trata de un tipo de experiencia entre el yo y el cuerpo que el que lee conoce pero que, hasta ese momento, no tenía nombre: era una experiencia vacía de forma y de palabras. Esa epifanía anuda las dos vidas como autobiografías: el que escribe dice esa vida, la suya, que es también la vida del que lee. Entonces la literatura, para esta mirada, aparece como una serie discontinua de momentos de pasión puestos en la lengua. Ese fulgor es el punto de partida, la base y la perspectiva desde donde escribe crítica Enrique Pezzoni. Él lo traduce al saber y al lenguaje crítico y sobre eso construye su sistema. No se trata de una crítica subjetiva o impresionista; simplemente pone en primer plano lo que puede encontrarse en toda relación íntima, individual, con la literatura.

Por eso este libro habla de Borges: porque fue Borges el que escribió sobre esos momentos: cuando Carriego, Cruz o Emma Zunz saben, de golpe y para siempre, quiénes son y dicen a la vez quién es el que escribe y el que lee. Y por eso este libro es autobiográfico y escribe casi siempre sobre un tipo determinado de escritor autobiográfico. Los ensayos de El texto y sus voces, sus fragmentos, forman un sistema sin narración ni desarrollo, sin subordinaciones ni jerarquías; la escritura de Pezzoni procede por adición y el libro puede leerse como un diario de los fulgores del sujeto y de los sujetos anudados. Y por eso la escritura de Enrique Pezzoni es errante, pasa cada vez a otra cosa, busca otro texto para que le sirva de espejo y desencadene, otra vez, su palabra.

Esos lugares y momentos donde se instala el sujeto de este libro son los que yo misma he buscado buscando pasión. Los encuentro puntuales, exactos, precisos, sistemáticos, en El texto y sus voces.

(Texto leído en la presentación del libro El texto y sus voces, el 4 de agosto de 1986.)